

La escalera

No podía imaginar que la alegría que me embargaba aquella mañana soleada de marzo cuando el reloj marcaba las seis y era uno de esos días energéticos y con disponibilidad para realizar cualquier trabajo manual, fuera interrumpido por situaciones especiales del destino.

En realidad era imposible predecir que una plegaria al de arriba me pudiera otorgar un milagro para suplantar mi suerte mañanera. Era uno de esos días en que yo exhalaba energía por cualquier parte de mi piel. Me sentía feliz conmigo mismo y mi estado emocional crecía vertiginoso.

Mis hombros sintieron la fuerza de una escalera pesada: era una pieza de madera larga. Los peldaños estaban separados normal. La estructura estaba muy seca y despintada. Con mucha facilidad se astillaban con pasarle la mano y los dedos muy suaves. No tenía cabeza ni cuello. Los brazos desnudos, largos y sin sellador de maderas, tiesos y color cadavérico, de muerto de tres días de fallecido, se extendían en forma paralela. Toqué las extremidades consentidamente, eran muy duras y ásperas, pero muy fuertes.

La llevé en los hombros y arrastrada por cincuenta metros entre floresta, matorrales y zacate. Era época de verano muy seca y el sol tostaba a placer. Una brisa leve palmoteaba mi rostro y los pajarillos buscaban agua en los grifos mudos y callados. Muy rápido corrían chorrillos por mi frente.

Coloqué los brazos en la pared de pino de la cabaña en construcción. La palmoteé atrevidamente como si se tratara de glúteos y caderas de consentida de dieciocho años. Tenía unos pines de metal atornillado que unían una parte con otra; estaban herrumbrados y de color café oscuro y amarillento. Supuse que eran caderas metálicas que sostenían la parte inferior de la superior.

En un tarro viejo de pintura, vacié el aceite quemado de automóvil que utilizaría como pintura; para darle sellado y protección a la escalera contra insectos que gustan la madera. Los llaman palomilla o comején.

Más emocionado aún, coloqué en el cinturón de mi pantalón una mechuda brocha. Tenía una cabellera lacia y amarillenta de vieja. Desgreñada y con muchos bellos atravesados unos con otros. Daba la impresión de medusa sin humedad. La brocha punzaba con sus pelos endurecidos.

Mi gruesa cintura sirvió de sostén de un arnés con un solo diente metálico muy fuerte. ¡Sostendría a un caballo percherón en el aire! Servía de amarra especial, estaba hecho de telas duras y resistentes.

Le pregunté: ¿Me puedes ayudar hoy?

Sin abrir sus labios sólidos y fríos, me dijo: "Soy una tranca gélida y estática, muda y por capricho siempre callo".

Subí uno a uno los peldaños de madera dura. Eran interminables escalones de subida. Diez, catorce costillas adheridas a sus extremidades. En una mano el tarro de aceite, en la faja del pantalón la brocha y el trapo, apretando la cintura, el arnés. Mi vista fija en el techo y la pared de madera.

Escalé, escalé y escalé.

Puse la tranca del arnés pegada al perling metálico del techo, cerró fuerte y hermético. Guindé en el clavo herrumbrado de una de las extremidades el tarro de aceite. Saqué los trapos sucios de la faja y manos a la obra.

Empecé a humedecer la brocha y dar brochazo tras brochazo. Desde lo alto llovía gotas color ébano puro. Me agoté y decidí bajar de la escalera a descansar.

El trapo, mis manos, el arnés, la tranca y la madera estaban lubricados y aceitosos. Traté con mis negras manos de abrir la tranca. Resbalaban con fluidez de jabón con agua. Intenté varias veces, una y otra vez.

¿No era que me ibas a ayudar? -pregunté muchas veces.

La tranca no respondía, estaba fría, callada y resbalosa. Muy húmeda. Fría. Estática.

Intenté de nuevo abrirla. No pude... Empecé a "bajar santos": San Pancracio, San Félix, San Gerónimo. Todos dormían la siesta de los sordos.

Grité una y otra vez al peón de la finca, estaba con la moto guaraña encendida. Grité de nuevo, el silencio guardó los chillidos en la eternidad.

Estaba asombrado, tembloroso, entré en pavor por primera vez en mi vida. Tres metros me separaban de la realidad. Desesperado quería poner los pies en tierra. No podía desprender el incómodo arnés.

Decidí lanzar cinco o seis hijueputazos. Lo escucharon el viento atrevido, las hojas de los arbustos colindantes, algunos insectos y un silencio que empezaba a atormentarse.

Intenté abrir de nuevo la tranca. Mi mano resbalaba y resbalaba.

No podía mover la escalera larga que guardaba silencio. Un resbalón sería mi muerte segura. Si aquel aparato caía, quedaría guindando ahorcado de la cintura como un papalote al viento, demente. Me acompañó el miedo de la desesperación. La escalera cínica callaba. Un desmayo o perder la razón sería fatal. La lucha era contra mi control, era silenciosa y muy agotadora. Me dije: "Calma, he salido de otras".

Volví a ver el contorno. Experimenté sensaciones no descubiertas. ¿Qué pasa, qué sucede? ¿Por qué no puedo controlarme? ¡Estoy a tres metros de altura de la vida y no puedo ver más allá!

Traté de ver mi rostro: estaba un poco pálido, dos gotas de sudor danzaban entre canales arrugados, cosquilleaban los pómulos e intentaba un tic nervioso. Pasé mi mano por las mejillas sudorosas. Me transformé en payaso triste. Mis ojos nadaban en linfa acuosa. Mis párpados tapaban y abrían nerviosamente. Trataba de leer mis retinas: estaban horrorizadas y muy consternadas de incapacidad.

¿Dios mío, qué me pasa? Si... Yo no puedo llamar al Divino, soy ateo.

Mi boca jadeaba. Estaba seca y trataba de tragar saliva evaporada. Mi garganta restregaba las células gustativas sin éxito alguno. La lengua lamiaba los labios callosos y deshidratados. Sabían un poco a aceite quemado.

De nuevo, intenté quitar la tranca. No pude por enésima vez.

Una golondrina trató de palmotear mi cara. El perro famélico del vecino aullaba en mi compañía. Un pájaro carpintero astillaba el ciprés triste, pronto huyó en vuelo desesperado.

Decidí votar el tarro de aceite al corredor. Un poco alejado estalló pringando los alrededores.

La desesperación me abrazó otra vez. Sentí el horror de la muerte muy de cerca. ¡La maldita tranca no cedía! Escondí mis ojos entre párpados trituradores. Empecé a tratar de llorar, no podía. Grité más fuerte y nada.

De pronto, se acercaron dos chiquisás muy alegres. Su color negro y alas anaranjadas presagiaban en definitiva mi muerte. La picada de uno es tres días en cama, la de dos, es posible que a mi edad la muerte inmediata. Me puse más pálido y me ahogué en silencio. Escuchaba el zumbido cerca, muy cerca. Me pellizqué, estaba vivo aún. El sonido es el más desesperante que escuché alguna vez. Más que horrible. Si el arnés cediera, me lo pongo en la garganta. No cedió.

El tormentoso ruido lo sentía más cerca. Los chiquisás pronto inyectarían su veneno terrible. Era mi muerte inmediata. Letal.

Sería el último vuelo que vería en vida. Pensé en mis hijos: ¿Estarán bien? Levanté la mano despidiéndome de ellos en la lejanía. Un chiquisá se postró en mi muñeca. En forma instintiva levanté la otra mano y abaniqué al insecto con tanta fuerza de odio y muerte que golpeteé la tranca, que para alegría mía, cedió, ¡por fin! Un grito de alegría se escuchó entre la montaña...